

EDUCAR EN LO ESENCIAL

Gracia Zúñiga de Villeda

Josemaría Escrivá de Balaguer delineó con sus enseñanzas una pedagogía humana con un fundamento divino y, sin ser autor de tratados de pedagogía, como dice el Profesor Víctor García Hoz, motivó iniciativas que han dado paso a innumerables centros y labores de formación en diversos países del mundo.

Educar en lo esencial, profundizar en lo que puede hacer mejor a una persona, es un reto y un desafío, especialmente cuando se intenta definir objetivos a fin de que éstos brinden a la persona elementos permanentes para hacer frente a los cambios de costumbres, ambientes y exigencias de lugar y tiempo.

Educar en lo esencial supone ayudar a adquirir una rica formación humanística, que permita trabajar los aspectos que definen el “ser” de la persona, en un momento en que se piensa que la cantidad de conocimientos, el cientificismo y la tecnología son lo verdaderamente importante.

Josemaría Escrivá de Balaguer enseñó que la educación debe centrarse más que en la simple transmisión de conocimientos, en enseñar a luchar, enseñar a esforzarse, enseñar a superarse y en crecer frente a la adversidad.

Mostró con sus enseñanzas que la educación, a la vez que da medios para desarrollarse y realizarse en el plano humano, social y espiritual, debe dar elementos para hacer frente a la contradicción y al dolor que acompañan toda existencia.

En una sociedad en la que predomina la búsqueda del bienestar, enseñar a contrarrestar la adversidad es esencial como esencial es enseñar el valor “madurativo” del dolor, del sufrimiento, y de la necesidad que humaniza.

Educar en y desde esta perspectiva conlleva enseñar a conocerse, enseñar a aceptarse, enseñar a dominarse, a exigirse, a superarse para poder darse y entregarse gustosamente en servicio a los demás. “...Crécete ante los obstáculos.... ...No desprecies las cosas pequeñas, porque en el continuo ejercicio de negar y negarte... fortalecerás, virilizarás tu voluntad para ser muy señor de ti mismo y después... guía, jefe, ¡caudillo!..., que obligues, que empujes, que arrastres con tu ejemplo...” (*Camino* 12, 19).

Esos pensamientos del Beato definen un cauce: forjar el carácter, desarrollar en los hijos y en los educandos una recia personalidad a la que acompañe una sólida formación cultural. Este debe ser el objetivo a alcanzar por un padre, una madre y todo educador. ¿Qué elementos definen esta pedagogía humana con fundamento divino? La exigencia, el esfuerzo, y la lucha; ...“ningún ideal se hace realidad sin sacrificio...”(*Camino* 175).

“Voluntad-energía-ejemplo.- Lo que hay que hacer, se hace...sin vacilar...sin miramientos...” (*Camino* 11). ¿Y cómo se cualifica y desglosa ese pensamiento? Exigencia amable, comprensiva: “...maza de acero poderosa, envuelta en funda acolchada.” (*Camino* 397)

Para educar, –precisaba–, es necesario amar, educar mediante un trato de amistad y confianza, aprendiendo a poner, con el cariño, al rojo vivo a las personas, para luego golpear, moldear y exigir en un ambiente natural y espontáneo como el que se da en el trato ordinario entre padres e hijos.

Se comprende entonces por qué la familia tiene desde esa perspectiva, los elementos necesarios para dar y desarrollar este tipo de educación, porque en lo cotidiano, en el día a día se da la oportunidad de ir esculpiendo y tallando el carácter de los hijos.

Son las exigencias diarias, los pequeños fracasos, los olvidos, la reincidencia en el error, la repetición de lo mismo en la vida de familia, ocasiones y medios para formar, para insistir en los vencimientos del mal humor, de la pereza, del deseo de dejarnos llevar por lo fácil, del egoísmo que nos lleva a pensar en nosotros antes que en los demás. De la tendencia a la mediocridad, de la tentación de dejar las cosas a medias, de la envidia frente a los logros del otro, todas y cada una de estas luchas ordinarias, son oportunidades para educar en lo esencial.

Todo padre, toda madre, todo educador, debe comprender la importancia de este planteamiento, porque atendiendo estas ideas, se llega a la raíz de lo que verdaderamente cuenta al educar. Allí queda la huella que permite caminar sin tropiezos en la vida. Allí se fragua la actitud que ennoblece.

Josemaría Escrivá entendió la lucha, como lucha deportiva, alegre, optimista. Comenzar y recomenzar en lo que cuesta, sin desánimo, con optimismo. “Concreta. –Que no sean tus propósitos luces de bengala que brillan un instante para dejar como realidad amarga un palitroque negro e inútil que se tira con desprecio”(Camino 247). “Aprovéchame el tiempo. –No te olvides de la higuera maldecida. Ya hacía algo: echar hojas. Como tú...” (*Camino* 354).

Pero la lucha no debe entenderse como carga, como una tragedia, no es agobio si no por el contrario, afán de llegar a la meta con ilusión. Qué importante entonces, desarrollar el gusto por las últimas piedras, por acabar lo iniciado.

Nuestro tiempo se caracteriza por la abundancia de medios y la escasez de fines, por la obsesión por el pluriactivismo, por empezar y cambiar, por probarlo todo a la vez.

Habrán entonces que enseñar a los jóvenes de hoy a perseverar, a definirse con lo que compromete y a apostar por las alturas, por ideales altos y nobles, por lo que conlleva esfuerzo y cuesta porque a la larga perdura. “...No vuelas como ave de corral, cuando puedes subir como las águilas...” (*Camino* 7).

Esas pautas esos lineamientos, traslucen, un perfil de un educando que se define en estos términos:

- a) Hombres y mujeres sinceros, conocedores de sí mismos, conscientes de sus limitaciones y por ello, anuentes a rectificar sus errores.
- b) Jóvenes recios, audaces, que no pacten con la mediocridad. Capaces de luchar por ser coherentes con sus principios, íntegros.
- c) Jóvenes serenos y equilibrados de carácter. Capaces de dominar sus impulsos.

- d) Jóvenes de voluntad firme y constante, capaces de crecer en la adversidad y frente a los obstáculos.
- e) Jóvenes con criterio, capaces de pensar y reflexionar para adoptar decisiones.
- f) Hombres y mujeres sencillos, descomplicados, capaces de mirar la vida desde la perspectiva de la Fe.
- g) Gente alegre, solidaria, comprometida, dispuesta a servir y colaborar.

¿Cuáles son los medios para alcanzar esos objetivos?

1. Hacerles recios, desterrando el sentimentalismo que nos lleva al error de sobreprotegerlos y hacerlos débiles y enfermizos, dependientes, incapaces.

Esto supone, superar la tendencia que hoy existe de querer facilitar las cosas a los hijos, evitándoles la exigencia, simplificándoles todo, cayendo en el error de ofrecerles un ambiente de comodidad donde la voluntad se debilita y donde se desarrollan frágiles, endebles y llenos de caprichos. "...el corazón a un lado. Primero el deber. Pero al cumplir el deber, pon en ese cumplimiento el corazón..." (*Camino* 162).

2. Disciplinados, amantes de un horario sin concesiones. Dispuestos a la lucha en tres frentes: el Ser, el Saber y el Tener.

–Ser ordenados, puntuales, responsables, exigentes consigo mismos y generosos.

–Saber decidir y rectificar.

–Tener iniciativa, fortaleza y perseverancia.

"...Crécete ante los obstáculos... Pasarás a través de los montes" (*Camino* 12).

"...Haz propósitos concretos. Y cúmplelos con la ayuda de Dios" (*Camino* 249).

3. Idealistas, con horizontes amplios. Con capacidad de compromiso en momentos en que se busca el anonimato y el desentenderse de la necesidad del otro.

La familia cuenta con los medios para educar en estos ámbitos porque tiene elementos naturales como el cariño y la confianza, que son canales para generar actitudes y arraigar principios.

Para educar en este ámbito esencial, los padres, más que conocimientos, técnicas y métodos requieren criterios rectos, certeza de los bienes que deseamos para los hijos, paciencia y perseverancia junto a la lucha por superar errores y limitaciones personales.

Si damos a los hijos y a los jóvenes la oportunidad de desarrollar la voluntad, les damos los medios para autocontrolarse y autoposeerse de forma que su comportamiento no sea presa del deseo y la irreflexión.

Si les ayudamos a forjar el carácter, superarán la abulia, la apatía, la dispersión, la frivolidad y la ansiedad que les lleva a evadir la realidad con la música estridente, con la velocidad, con drogas y con alcohol.

Para educar en este campo, los padres y educadores hemos de superar el miedo a exigir, el miedo a quedar mal con ellos, a verles disgustados.

Padres y educadores, hemos de superar la tentación de quitarles obstáculos y sustituirles en el esfuerzo.

Hemos de superar el temor de pensar que carecemos de autoridad moral para educar, por no ser perfectos, por tener limitaciones y por carecer de conocimientos.

Y hemos de convencernos, que la rectitud de intención y el cariño sincero que les tenemos nos permitirá actuar y ejercer una autoridad comprensiva que conlleva:

- la palabra oportuna
- la serenidad que prestigia y
- el optimismo que anima.

“Este es nuestro destino en la tierra: luchar por amor hasta el último instante” .

Este pensamiento del Beato resume un programa educativo que rehabilita en nuestra sociedad, el valor del esfuerzo, de la disciplina y el dolor en una sociedad que ha querido educar con lo fácil, lo espontáneo y lo placentero. Atender ese pensamiento abre horizontes a un fecundo quehacer educativo y formativo esencial para impulsar un cambio y una mejora en nuestro tiempo y en nuestra sociedad.

Todo padre, toda madre, todo educador debe comprender que el fin último de la educación es la formación del hombre integral, capaz de amar y de ser amado, de servir y de ser servido, de luchar y de vencer, de sufrir y de triunfar. La educación debe ser una educación de amor, de fe, de esperanza y de caridad. Debe ser una educación que forme hombres capaces de amar y de ser amados, de servir y de ser servidos, de luchar y de vencer, de sufrir y de triunfar. Debe ser una educación que forme hombres capaces de amar y de ser amados, de servir y de ser servidos, de luchar y de vencer, de sufrir y de triunfar.

Como decía Camilo (1954):

Si damos a los hijos y a los jóvenes la oportunidad de desarrollar la voluntad, la paciencia y perseverancia junto a la lucha por superar errores y limitaciones personales, damos los medios para autocontrolarse y autoconocerse de forma que su comportamiento sea el resultado de una elección consciente y responsable.

Habría que enseñar a los hijos a superar sus errores y a luchar por mejorarlos. Habría que enseñar a los hijos a superar sus errores y a luchar por mejorarlos. Habría que enseñar a los hijos a superar sus errores y a luchar por mejorarlos.

Para educar en este campo, los padres y educadores hemos de superar el miedo a exigir, el miedo a quedar mal con ellos, a veces disgustados.

Padres y educadores hemos de superar la tentación de quitarles obstáculos y sustituirlos en el estudio.

Hemos de superar el temor de pensar que carezcan de voluntad moral para aprendernos los deberes y hacerlos bien.

GRACIA ZÚÑIGA DE VILLEDA. Licenciada en Derecho, Universidad de Navarra. Diplomado en Orientación Familiar. Licenciada en Ciencias de la Educación. Delegada de Honduras en las conferencias de El Cairo y Beijin.